

dite á tí mismo : Quiero parecer cristiano en esta ocasion ; pero ten cuidado de pedir frecuentemente á Dios que aumente tu fe : *Credo, Domine : adjuva incredulitatem meam.* Si, Señor, yo creo, yo creo; pero fortificad mi fe cada día más y más. Esta oracion ó jaculatoria debe ser familiar á todos los cristianos.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

LA DEDICACION DE LAS BASÍLICAS DE SAN PEDRO Y SAN PABLO APÓSTOLES, en Roma, de las cuales la primera reedificada y ampliada la consagró solemnemente el papa Urbano VIII tal día como hoy. (*Véase su noticia hoy.*)

SAN ROMAN, mártir, en Antioquia; el cual en tiempo del emperador Galerio, intentando el presidente Asclepiades entrar por fuerza en una iglesia y arruinarla hasta los cimientos, exhortó á los demás cristianos á que se le resistiesen, por lo cual le prendieron, y despues de crueles tormentos, le cortaron la lengua (sin la cual empero publicaba las grandezas de Dios); y últimamente ahogado con un dogal en la cárcel, fué coronado con ilustre martirio. (Este Santo era diácono de un pueblo de la jurisdiccion de Cesarea en Palestina.)

SAN BARULA (ó BARULAS), niño mártir, presenció el martirio de san Roman, que precede, y habiéndole preguntado S. Roman si era mejor adorar un solo Dios, ó muchos dioses, respondió: que se debia adorar solo al Dios que adoraban los cristianos, por lo cual fué azotado, y despues degollado. (Su madre que se hallaba presente, haciéndose superior á los sentimientos de la naturaleza, no cesó de animarle. Este martirio, y el de S. Roman, acaeció por los años de 303. Barulas, ó Barallaha, por abreviatura Barlaha, significa en caldeo, *niño, hijo ó siervo de Dios*, por lo que en el antiguo breviario de Toledo es titulado este mártir con el nombre de Theodulo, palabra griega que significa lo mismo.)

SAN ESQUIO, mártir, tambien en Antioquia: era soldado, y oyendo publicar un edicto por el cual se mandaba que los que no adorasen los idolos perdiesen el honor militar, inmediatamente se desnudó de las insignias de soldado; por lo que atándole una gran piedra á la mano derecha fué precipitado en el rio (Orontes, por los años de 303, casi al mismo tiempo que S. Roman.)

LOS SANTOS ORICULO Y SUS COMPAÑEROS, en el mismo dia; los cuales en la persecucion de los vándalos padecieron por la fe católica.

SAN MÁXIMO, obispo, en Maguncia; el cual habiendo padecido muchas persecuciones por los arrianos en tiempo de Constancio, glorioso confesor murió en paz. (Fué constante en sostener la fe católica, y por los años de 346 presidió el concilio de Sardis.)

EL TRÁNSITO DE SAN ODON, abad de Cluni, en Tours. (Era hijo de una



LA DEDICACION DE LA BASILICA
DE S. PEDRO Y S. PABLO.

familia ilustre, y nació en el año de 879. A los diez y nueve de su edad recibió la tonsura y fué presentado á una canongia de S. Martin de Tours. Como leyese la regla de S. Benito, determinó abrazar el estado monástico: renunció pues su canongia y tomó el hábito en el monasterio de Beaume en la diócesis de Besanzon. Despues pasó al monasterio de Cluni, cuyo gobierno se le confió. Estableció en él la regla de san Benito en su mayor pureza y procuró llevar su observancia al punto de toda su perfeccion. Asi se formó aquella célebre congregacion que tantos beneficios ha hecho á la religion y á las letras, y cuya influencia en la civilizacion de la Europa han reconocido hasta los filósofos del siglo XIX. Los papas y los principes encargaron al santo abad de Cluni comisiones de importancia, las que desempeñó con admirable piedad, destreza y prudencia. Por devocion á S. Martin deseaba morir en Tours, y asaltado de su última enfermedad pasó apresuradamente á aquella ciudad, donde acabó felizmente su carrera mortal tal dia como hoy del año 912.)

SANTO TOMÁS, monge, en Antioquia, á quien los antioquenos hacian una fiesta solemne todos los años, en memoria de haberlos librado de una peste con sus oraciones.

LA TRASLACION DE SAN FRIGIDIANO, obispo y confesor, en Luca en Toscana.

LA DEDICACION DE LA BASÍLICA DE LOS SANTOS APÓSTOLES
SAN PEDRO Y SAN PABLO.

DICE Dios en la Escritura que glorificará á todos los que le glorificaren; pero los que le menospreciaren á él serán ellos mismos menospreciados. La verdad de este oráculo se renueva visiblemente en la solemnidad de este dia. Al mismo tiempo que los césares, aquellos enemigos del nombre cristiano, aquellos orgullosos dueños de todo el universo, revestidos con toda la majestad de su imperio, á cuyo solo nombre doblaba la rodilla toda la tierra, yacen hoy sepultados en un eterno olvido sin que de toda su pomposa dignidad haya quedado mas que el menosprecio general de su memoria: al mismo tiempo que sus cenizas, confundidas con las del esclavo mas vil, son desprecio de los pies ó asqueroso horror de la vista: los templos del Dios vivo, á quien ellos persiguieron, se elevaron sobre las ruinas de sus mismos trofeos; los sepulcros de aquellos héroes cristianos, á quienes el mundo persiguió y parecian tan viles, tan despreciables á sus achacosos ojos, son hoy celebrados y famosos en todo el universo, haciendo Dios venerable su nombre y su memoria, tanto, que no contento de hacerlos reinar en su compañía en el cielo, quiso que fuesen objeto digno del culto y veneracion de los fieles, glorificando sus mismas cenizas, y haciendo glorioso en

la tierra su sepulcro. Pero entre todos los lugares del mundo cristiano, ilustrados con la sangre de los mártires, ninguno mas célebre, ninguno mas respetable, ninguno hubo jamás tan venerado como aquella parte del Vaticano que fué consagrada con la sangre del Príncipe de los apóstoles.

Luego que S. Pedro, aquella visible cabeza de la Iglesia de Jesu-cristo, consumó su glorioso martirio; luego que S. Pablo, aquel astro luminoso y de primera magnitud, aquel doctor insigne de la religion y de las gentes, terminó su carrera con victorioso triunfo, se vieron concurrir de todas partes los cristianos á venerar aquellas sagradas reliquias. Desde entonces se consideró la ciudad de Roma mucho mas rica, mucho mas ilustre por depositaria de aquellos sagrados despojos, que por todos los otros soberbios monumentos de la vanidad pagana. El sepulcro de S. Pedro sobre el monte Vaticano, que desde entonces se llamó la confesion de S. Pedro, y el de S. Pablo en el camino de Ostia, á las orillas del Tiber, fueron el objeto mas célebre de la veneracion de los fieles, y el término mas frecuente de sus devotas peregrinaciones. Venian á buscar (dicen los Padres) entre aquellas frias cenizas aquel mismo sagrado fuego que á ellos abrasó; y el mismo corazón sentia irse avivando la fe que habian predicado aquellos adalides de la religion. Acobardados los fieles con las persecuciones de los tres primeros siglos, contenian su veneracion en los ahogados términos de un culto cauteloso y reservado, sin libertad para esplicarla en demostraciones de su magnificencia. A la verdad, era cada dia mayor el que tributaban á aquellas preciosas reliquias, aunque no era lícito á su devocion ni á su zelo desahogarse en públicos monumentos. Mas luego que el emperador Constantino, con su milagrosa conversion, restituyó la paz á la Iglesia, fué el primer cuidado del religioso emperador sacar de la oscuridad á aquellos venerables tesoros tan estimados y tan adorados de todos los fieles.

Quiso acreditar aquel gran príncipe su religion y su veneracion á los sagrados Apóstoles con una accion tan señalada, que le hizo mayor y mas glorioso que cuantas ilustres y grandes victorias habia conseguido de sus enemigos. Luego que se trazó el plan de la célebre iglesia de S. Pedro en el Vaticano, se dice que el piadoso emperador, depuesta la diadema y púrpura imperial á los pies del santo Apóstol, tomó un azadon, dió principio á abrir los cimientos, y sacó doce espueñas de tierra que él mismo llevó en sus imperiales hombros, dejando al mundo cristiano este ejemplo de piedad que eternizará su memoria. ¿Y qué dificultad puede haber en creer esto de un príncipe tan religioso

como el grande Constantino, cuando no la hay en creérselo á Suetonio que afirma otro tanto de Vespasiano al tiempo que se reedificó el templo de Júpiter Capitolino? Acabóse presto aquella iglesia, como tambien la otra que el mismo emperador hizo fabricar en honor del apóstol S. Pablo, estramuros de la ciudad de Roma en el camino que va á Ostia. Concluidas las dos suntuosas basílicas, las consagró el papa S. Silvestre, haciendo la dedicacion con tanta solemnidad y con tanto concurso de gente, que se puede decir fué uno de los mayores triunfos de la Iglesia, y esta solemnísima dedicacion es lo que se celebra este dia. S. Optato, obispo de Mileva, que vivia en tiempo del pontífice S. Dámaso, dice que las iglesias de los dos santos Apóstoles eran dos memorias ó dos templos abiertos siempre á los católicos, y siempre cerrados para los herejes y para los cismáticos; de suerte, que entrar en aquellas dos sagradas basílicas y tener parte en las oraciones y en los sacrificios que se celebraban en ellas, era lo mismo que comunicar con la Iglesia católica. Por eso todos los que concurrían a Roma daban principio á sus devociones visitando la iglesia de S. Pedro, y los que no entraban en ella se reputaban por cismáticos, segun la observacion del cardenal Baronio.

Fué tan venerada en todo tiempo esta iglesia y la de S. Pablo, que al llegar á ellas todos se postraban á la entrada besando las puertas por devocion, y de ahí viene que hasta el dia de hoy se dice que van *ad limina apostolorum*, de los peregrinos que van á Roma, porque *limen*, entre los antiguos, significaba la puerta de una iglesia, y tambien la iglesia misma. ¿No ves (dice S. Juan Crisóstomo) con qué devocion, con qué respeto besan los fieles la entrada de ese sagrado templo? *Non cernis, quoniam homines etiam hisce templi vestibulis oscula figunt, partim inclinato capite, partim manutinentes?* S. Paulino, y despues de él S. Gregorio Turonense, nos informan de lo célebres que eran en el mundo las basílicas del Príncipe de los apóstoles y de S. Pablo por la santidad de los lugares, y por la religion y concurso de los pueblos. La historia eclesiástica nos pone á la vista innumerables ejemplos de la veneracion con que los príncipes de la tierra, las gentes mas separadas de nosotros, y hasta los mismos bárbaros, tanto herejes como infieles, honraron en todos tiempos á aquellos sagrados lugares. Los godos, conducidos de Alarico, en tiempo del emperador Honorio, desolaron toda la Italia, se apoderaron de Roma el año de 409, saquearon y quemaron toda la ciudad; pero no osaron tocar á las dos célebres basílicas.

Aunque la iglesia de S. Pedro en el Vaticano fué verdadera-

mente augusta desde aquellos primeros tiempos, con todo eso no pareció despues ni tan capaz ni tan magnífica como correspondía á la santidad de aquel sitio, ni al inmenso concurso de peregrinos como la venian á visitar de todas las naciones del universo. Por eso muchos siglos despues pensaron diferentes papas en dar mayor estension al edificio, haciéndole una de las maravillas del mundo, ó uno de sus mas ostentosos y mas soberbios monumentos. Pero hasta el siglo xv no se tomó con eficacia la resolucion de renovarle en todas sus partes. Nicolao V mandó abrir los cimientos hácia el año de 1456: Sixto IV hizo trabajar en ellos; y Julio II, prefiriendo á otros muchos el diseño que le presentó Bramante Lázari, famoso arquitecto, dió principio á aquel soberbio edificio el año de 1506, haciendo la ceremonia de poner él mismo la primera piedra, con grande solemnidad, el día 18 de abril del mismo año. A Bramante Lázari, que murió el año de 1514, sucedió el célebre Rafael de Urbano ó de Urbino, tan hábil arquitecto como pintor, el año de 1531. El papa Paulo III encargó la continuacion de aquella empresa al famoso Miguel Angel Bonarota. Usando este del pleno poder que el pontífice le habia concedido, trazó otro modelo de arquitectura mas soberbia, mas moderna y de mas preciosos materiales. A Miguel Angel substituyó Jacobo Barozzi el año de 1564, y á éste sucedieron Jacobo la Porta, Maderna y el caballero Bermini, que acabó aquella grande obra en el pontificado de Paulo V. Pero quien la perfeccionó fué el papa Urbano VIII, y fué tambien quien hizo la mas solemne dedicacion que jamás se habia hecho el mismo día en que se celebra la dedicacion de la iglesia antigua. De manera, que la célebre iglesia de S. Pedro en el Vaticano, que hoy se coloca en la clase de los mas soberbios edificios del universo, y se cuenta en el número de las maravillas del mundo, fué obra de ciento y veinte años, en vida de veinte pontífices; pero los que mas contribuyeron á ella fueron Julio II, Leon X, Paulo III, Sixto IV, Clemente VIII, Paulo V y Urbano VIII.

Esta magnífica iglesia, centro de la unidad y madre de todas las otras, toda es de mármol por adentro, y por afuera cubierta de plomo y de bronce dorado. Admiranse en ella escelentes pinturas, columnas de mármol, inmensas riquezas, y en aquella vastísima capacidad una proporción que es el último esmero del arte. El pórtico de esta iglesia se eleva hasta veinte y cuatro toesas, y su arquitectura es del órden jónico. Forma un pórtico soberbio de bóveda dorada que se estiende á toda la longitud del portal; y sobre el pórtico se sostiene una magnífica galería, adonde todos los años sale su Santidad el jueves santo y el día

de Pascua á dar la bendicion al pueblo que está de rodillas en la plaza Vaticana. Léese una inscripcion latina en que se dice que el papa Paulo V mandó fabricar aquel portal el año de 1612. De las cinco puertas que tiene, la de en medio es de bronce, y la que está á mano derecha es la que se llama *la Puerta santa*, porque solo se abre el año santo; llamándose así el año del jubileo grande que se celebra de veinte y cinco en veinte y cinco años. El diseño y el plan de este augusto edificio representa la figura de una cruz, cuyo mástil ó cuya longitud es de cerca de cien toesas, y la latitud ó los brazos son de sesenta y seis. En el centro de estos brazos se eleva el domo á la altura de cincuenta y cinco toesas; pero el resto de la bóveda en toda la iglesia solo se levanta veinte y cuatro. Todo el pavimento es de mármol, y la bóveda dorada. En medio de los brazos se descubre el altar mayor bajo la misma cúpula del domo. No hay en el mundo cosa que iguale á la magnificencia y á la suntuosidad de este altar, ni al rico dosel de bronce con que le mandó cubrir el papa Urbano VIII. Despues de la eleccion del papa se le conduce á este altar, y en él es reconocido por sucesor de S. Pedro. Ninguno puede decir misa en él sino el sumo pontífice, ó á quien dé espresa licencia para celebrarla. Debajo del mismo altar está *la confesion de S. Pedro*; porque así se llamó siempre el sepulcro donde descansa el cuerpo del santo Apóstol. La plaza que está delante de la misma iglesia es tambien la admiracion de los estranjeros. El diseño fué del caballero Bermini, y el papa Alejandro VII le mandó ejecutar. Rodéala una hermosa galería, y es toda ella de figura oval, con trescientos pasos de largo, y doscientos y veinte de ancho. Trescientas veinte y cuatro columnas sostienen la galería enriquecida con una balaustrada en que se dejan ver las estatuas de los doce apóstoles, con las de otros muchos santos, hasta el número de ochenta y ocho, y las armas de Alejandro VII. Elévase en medio de esta plaza, entre dos hermosas fuentes, la pirámide ó el obelisco mas magnífico de todo el universo. Todo él es de una pieza de mármol granito, y esta admirable pieza tiene trece toesas y dos pies de alto, sin comprender la elevacion de la basa ni de su pedestal. El remate de la pirámide era en otro tiempo la urna donde estaban las cenizas de Julio César; pero hoy la remata una cruz de bronce. La iglesia de S. Pablo, estramuros, es tambien de singular veneracion, y muy frecuentada de los fieles.

La dedicacion de estas dos célebres basílicas es la que solemniza hoy la Iglesia en todo el universo, y no hay quien ignore ni el objeto ni el fin de esta solemnidad. Ya se sabe que la dedi-

cacion de una iglesia es un acto exterior de religion que siempre debe hacer un obispo; en cuya virtud un edificio material, por particular bendicion se convierte en casa de Dios, en la cual deben los fieles rendirle aquel religioso culto que es tan debido á su adorable Majestad. Y estando los templos destinados, por especial institucion, al servicio de Dios para reverenciarle singularmente en ellos, su dedicacion es acto de religion que los convierte en casa especial, palacio sagrado, y como santuario adonde pueden entrar todos los fieles para tributar á Dios la veneracion, el homenaje y la adoracion que le corresponde como á soberano Señor de cielo y tierra.

Hablando Eusebio de las dedicaciones que se celebraron en las ciudades principales del mundo luego que el emperador Constantino dió permiso para que se erigiesen templos públicos al verdadero Dios, dice que nunca se habian visto fiestas mas solemnes, ni donde se hiciese mas visible el regocijo de los pueblos que en aquellas dedicaciones. Concurriase á ellas de las provincias mas remotas, teniéndose por dichosos los principes y los reyes que se hallaban presentes á tan religiosas solemnidades, y los obispos acudian en gran número: *Ad hoc episcoporum conventus: peregrinorum ab externis, et disitis regionibus concursus; populorum multa inter se charitas ac benevolentia, cum membra corporis Christi in unam compaginem coalescerent.* Estas palabras de Eusebio deben hacernos observar que la alegría y la solemnidad de las dedicaciones no se fundan en el edificio material de los templos, por suntuoso, por magnífico que sea, sino en la union, concordia y caridad que une á todos los hombres en un templo vivo, de que solo son figura los templos materiales, juntándose los emperadores con los obispos, los obispos y el clero con los pueblos, los pueblos, las provincias y los reinos diversos entre sí para ofrecerse todos juntos á Dios, ofreciéndole una victima inmortal y divina, que es el mismo Jesucristo: *Una erat divini Spiritus virtus per universa commens membra; una omnium anima, eadem alacritas fidei; unus omnium conventus divinitatem hymnis celebrantium.* Y esta primitiva solemnidad es la que se celebra el dia de hoy en la fiesta de las dedicaciones.

Cayo, presbitero de la iglesia romana, famoso teólogo, que florecia al fin del segundo siglo, asegura que ya entonces se veneraban los dos sepuleros de los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo como dos gloriosos trofeos y antemurales de la religion cristiana: *Ego apostolorum trophæa perspicuè possum ostendere. Nam si lubet in Vaticanum proficisci, aut in viam, quæ Ostiensis dicitur, te conferre, trophæa illorum, qui illam ecclesiam suo sermone, et virtute stabilierunt, invenies.*

La misa es de la fiesta, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año renuevos en nuestro favor el dia de la consagracion de esta iglesia, dedicada á vos, y nos das lud para asistir á estos sagrados misterios; oye benigno los ruegos de este pueblo, y otórganos que todos los que entran en este templo para pedirte alguna gracia, tengan la dicha de alcanzar lo que desean. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 21 del Apocalipsi de S. Juan, y la misma que el dia ix, pág. 461.

REFLEXIONES.

Este es el tabernáculo de Dios entre los hombres, y habitará con ellos. Quien viere como están los cristianos en nuestras iglesias, ¿se persuadirá á que son las casas del Señor? ¿Puede llegar á mas la irreverencia, la falta de respeto, de compostura, y aun la impiedad con que se está en ellas? Ya no es una profanacion secreta; es una irreligion pública, escandalosa, atrevida, descarada: es la abominacion de la desolacion en el lugar santo. ¿Qué hombre hay tan vil que á lo menos en su casa no encuentre asilo seguro contra un insulto? Siendo nuestro Dios tan ofendido casi en todos los demás lugares, ¿no seria razon que estuviese á cubierto contra los ultrajes de sus propios hijos á lo menos en su santo templo? ¿es posible que la impiedad ha de llegar á insultar impunemente al Redentor hasta en su mismo trono? Sus altares, respetables á los mismos demonios, ¿no serán respetados de los cristianos, y nunca han de ser barrera segura contra su insolencia? ¿Será acaso porque no haya quedado ya en tanto número de libertinos ni una leve tintura de religion que los mueva á respetar el lugar santo, siquiera mientras dura el tremendo sacrificio? Pues le queda libre tanto espacio á su desenfrenada licencia; pues todos los demás sitios son para ellos lugares de disolucion, dejen siquiera á Jesucristo y á sus templos. ¡Ah, Señor, y á qué os ha reducido el exceso de amor que nos teneis! Si menos solícito de hacernos bien, si menos ansioso de manifestarnos vuestra ternura, ó mas zeloso de vuestra gloria os hubierais quedado en vuestros altares, como en el Tabor, revestido con el esplendor de vuestra majestad, ó suspendiendo menos vuestra indignacion contra los que profanan el sagrado de vuestra casa, hicieseis que se abriese la tierra debajo de sus pies,

ó fulminaseis fuego del cielo contra los que se atreven á perder el respeto en vuestra presencia y á profanar vuestros templos, seguramente que os hubieran maltratado menos, porque os hubieran temido mas. Pero qué, ¿hemos de ser nosotros ingratos, impíos, sacrilegos, porque el Dios que adoramos sea tan sufrido? Mas quiere Jesucristo disimular en silencio los atrevimientos de los impíos, que atemorizar á las almas justas con ruidosos escarmentos. ¿Pero un ministro de Dios, un gobernador, un magistrado, una persona pública, constituida en dignidad, podrá lícitamente mirar con indiferencia y con frialdad los ultrajes que se hacen al Dios vivo? ¿Y á fuerza de ver las irreverencias que se cometen en el lugar santo, un padre, una madre, una persona de autoridad, autorizará con su silencio, y no pocas veces con su mal ejemplo, unas profanaciones tan escandalosas? ¿Después de esto nos quejaremos de las calamidades de los tiempos y de los azotes con que nos castiga la divina indignación!

El Evangelio es del cap. 49 de S. Lucas, y el mismo que el día IX, pág. 165.

MEDITACION.

Del respeto en la iglesia.

PUNTO PRIMERO.—Considera que nuestras iglesias son el lugar mas respetable y mas santo de toda la tierra, así por la consagración que hace de ellas el obispo, como por el divino sacrificio que en ellas se ofrece, y por la real presencia de Jesucristo en el sacramento del altar. Busca, imagina lugar mas digno en todo el universo, ni que merezca mas nuestro reverente culto. En castigo de nuestros pecados, y por un secreto tan adorable como profundo de su divina providencia, entregó Dios á los infieles la Tierra Santa, poniendo los santos lugares en su poder; ¡pero con cuántas ventajas nos recompensó esta pérdida, santificando tan visiblemente nuestras iglesias! ¿qué hay en el Calvario, ni en el santo Sepulcro que no encontremos en nuestros templos y en nuestros altares? El mismo que santificó aquellos santos lugares con una presencia, digámoslo así, transitoria ó pasajera, ¿no está santificando nuestras iglesias con una presencia permanente? Cristo solo estuvo algunas horas en la cruz y en el Calvario: su adorable cuerpo no estuvo encerrado en el sepulcro mas que tres días. A la verdad no era menester tan-

to para constituir santos y sagrados aquellos dichos lugares, haciéndolos dignos del respeto y de la veneración de los fieles. No envidiemos la dicha de aquellas devotas personas que lograron el consuelo de besar aquellos peñascos santificados con las sagradas huellas y con la preciosa sangre del Salvador; de ver y de besar aquel glorioso sepulcro consagrado con tan adorable depósito. En nada ceden nuestros altares y nuestras iglesias á la santidad de aquellos lugares. ¿Merecen por ventura menos respeto, menos veneración, menos reverencia que ellos? ¿atreveríase alguno á subir al monte Calvario como se llegan muchos al altar? ¿atreveríase á entrar en el santo Sepulcro como entran tantos el día de hoy en nuestras iglesias? Viéronse mas de una vez á los mas augustos emperadores, á las mayores emperatrices y reinas ir arrastrando de rodillas por aquellos santos lugares: ¿vése hoy entrar en nuestros santuarios con la misma devoción, con la misma modestia, con la misma religión, así á los grandes del mundo, como al mas ínfimo pueblo? ¡Buen Dios, qué se hizo de nuestra religión! ¡qué de nuestra fe!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que siendo nuestras iglesias el santuario de la Divinidad, y nuestros altares el trono del Dios vivo, no se puede entrar ni estar en ellas con poco respeto, sin cometer un crimen irreligioso, y una escandalosa impiedad. ¿Pero se consideran hoy como tales las inmodestias, la irreverencia y la profanación con que se entra y con que se está en los sagrados templos? Estos pecados, sobre no ser de su naturaleza ligeros, son muy comunes, son casi universales; ¿mas cuántos hay que se arrepientan verdaderamente de ellos? ¿cuántos que lo confiesen? y porque no lo confiesen, porque sean tan comunes y tan universales, ¿dejarán de ser menos enormes de suyo? ¿serán menos severamente castigados? ¿ultrajarán menos la majestad y la santidad de todo un Dios? ¿irritarán menos su cólera? ¡Ah, que ese aire indevoto, orgulloso, distraído, disipado; esas posturas arrogantes, indecentes y escandalosas con que se está en las iglesias han de causar crueles sobresaltos, amargos arrepentimientos en la hora de la muerte! ¡con qué distinta cara se representarán á una alma alumbrada entonces con las vivas luces de la fe! Son nuestras iglesias como la sala de audiencia de nuestro Dios: allí es donde propiamente escucha nuestras súplicas, recibe nuestros votos, despacha nuestras peticiones. Llámense oratorios nuestras iglesias, porque en ellas particularmente quiere el Señor que se le haga oración. En este lugar santo prometió ser favorable á su pueblo, recibir y dar

espediente á nuestros memoriales. Pues ahora la indecencia con que nos dejamos ver en él, la indevoción con que nos presentamos á su vista, las irreverencias que allí se cometen, ¿nos servirán de grande recomendacion con el soberano Dueño á quien venimos á pedir, con el supremo Juez cuyas gracias venimos á solicitar? Suplicamos, pedimos, clamamos, y no somos oídos. ¿Pero como lo hemos de ser si en el mismo templo venimos á ofender á la majestad del Dueño, y á la santidad del Juez? ¡Con qué respeto se entra en casa de los grandes! ¡con qué decencia, con qué compostura, con qué modestia, con qué humildad se pone uno en presencia de un magistrado, delante de un ministro cuando va á pretender alguna gracia! ¿Se observa la misma humildad, la misma compostura, la misma circunspeccion en las iglesias cuando se va á pretender con Dios?

¡Ah Señor, y qué vergonzosa es á los cristianos esta desproporcion! Perdonadme, divino Salvador mio, mi falta de respeto, y mis escandalosas irreverencias. Desde hoy comienzo, mediante vuestra divina gracia, á parecer en las iglesias con muy diferente modo que he parecido hasta aquí.

JACULATORIAS. — Entraré, Señor, en tu casa para adorarte en tu santo templo, de manera, que mi modestia y mi respeto den testimonio de mi fe. (*Psalm. 5.*)

Ya no me olvidaré, Señor, de que estoy en tu presencia cuando derramo mi corazon en tu santo templo. (*Psalm. 141.*)

PROPOSITOS.

1 Entre todos los artificios de que se vale el enemigo de nuestra salvacion para hacer inútiles los auxilios y medios que tenemos para salvarnos, quizá no le hay mas pernicioso, ni que le salga mejor que la priesa que se da para rebajar el alto concepto que debiéramos tener desde la cuna de la majestad, verdaderamente divina, y de la santidad de nuestras iglesias. Como en estos augustos templos reside corporalmente la Divinidad, y como en estos santuarios nos franquea Dios los tesoros de sus misericordias, no deja el demonio piedra por mover para horrorar, ó á lo menos para disminuir esta religiosa idea de los lugares sagrados, sabiendo muy bien que nunca se da el Señor por mas ofendido, y por mas sensiblemente irritado, que por la falta de respeto y de veneracion á nuestras iglesias. Perder el respeto á estos sagrados lugares es como despreciar personalmente al mismo Dios, es como hacer burla de toda la religion, y es

dar al público un solemne testimonio de nuestra poca ó ninguna fe. De hoy en adelante has de ser de una suma delicadeza en este punto. Entra siempre en la iglesia con modestia ejemplar, los ojos bajos, y guardando un profundo silencio, no hablando en ella sino á solo Dios.

2 Preséntate siempre en el templo decentemente vestido. Es mucha falta de religion ir á la iglesia en traje casero, como lo hacen algunas mujeres profanas, que se guardarian bien de recibir una visita seria de aquel modo, ni de hacerla á personas de respeto. No es menor, menos irreverente, ni menos escandalosa indecencia estar de rodillas sobre una silla ó sobre un banco, como tambien el dormirse en las iglesias. Estas irreverencias, que chocan aun á los mismos infieles, no disuenan tanto á los cristianos porque están acostumbrados á verlas; ¿pero serán por eso menos escandalosas? Toda tu vida has de tener grande horror á todas estas especies de irreligion, considerándolas como otros tantos perniciosos escándalos que desacreditan indeciblemente nuestra santa religion en el concepto de los herejes y de los infieles. En todas las confesiones te has de acusar de tu falta de respeto y de devoción en la iglesia. Esta devoción y este respeto es una de las cosas que mas debes inculcar á tus hijos y á tus criados; pero ve tú delante con el ejemplo, porque ninguna cosa contribuye tanto á la reformation de las costumbres y á inspirar la devoción como este religioso respeto.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

LA DICHOSA MUERTE DE SANTA ISABEL viuda, hija de Andrés, rey de Hungría, de la tercera orden de S. Francisco, en Marburg de Alemania; la cual ejercitada continuamente en obras de piedad, y esclarecida en milagros, murió en el Señor. (*Véase su historia hoy.*)

EL TRIUNFO DE SAN PONCIANO, papa y mártir, en el mismo dia; el cual por mandato del emperador Alejandro fué desterrado á Cerdeña, juntamente con el presbítero Hipólito; y allí azotado con manojos de varas hasta espirar, alcanzó la corona del martirio. El papa Fabian hizo trasladar su cuerpo á Roma, y lo depositó en el cementerio de Calixto. (Se ha dicho ya en otra ocasion que si bien es verdad que bajo el imperio de Alejandro fué favorecido por la corte el culto cristiano, y no perseguido, con todo, muchos magistrados siendo enemigos terribles del Cristianismo, hacian todo el daño que podian á los fieles sin saberlo el emperador, aunque obraban en su nombre. «El Calendario Liberriano dice que S. Ponciano ocupó la cátedra cinco años desde la muer-